

La Máscara Roja



*Pudor
The Blight Net (2009)*

Con una tenue y brumosa claridad insinuándose por el Oriente, El Reta y Ercilia detuvieron la Africana a un costado del Hostal de Américo. Callado el motor y quieta la cadena, los piñones y los rodamientos, sólo oían por dentro el zumbido estable que la vida les amplificaba con algún megavatio de desmesura.

El metal de la Africana suelta calor y cruje. Al quitarse los guantes notan el ligero temblor de las manos. La tensión en las piernas entorpece los movimientos. Sienten la necesidad de estirarse. Tienen la boca seca. Quieren agua. Detrás o más allá del zumbido interior se hace más notorio el silencio que acolcha en algodón el barrio árabe. Por primera vez Ercilia contrasta el recuerdo de las mañanas rumbo al colegio

con la soledad y el abandono del presente. El Reta no vivió aquello pero lo percibe en el rostro de la mujer: al fogón de la aventura, se le agrega un principio de cansancio, un suspiro de tristeza.

Se miran y les brota una sonrisa callada: parecen actores maquillados para hacer de negros zapateando con bastón y polainas en una película muda. Caricaturas de las caricaturas. Están cubiertos de polvo de arcilla y carbón empastado de sudor y aliento abierto hasta el fondo del pecho. Ahora lo único blanco son los dientes. Un ruido les hace buscar movimiento alrededor. Es el tintineo del cencerro de una cabra guía. Les tomó unos instantes identificarlo. Se la escucha pero no se la ve. Pertenece a las manadas que solían pastar detrás de la cancha deportiva del colegio. Ésta es la que se quedó sin rebaño.

El Reta acerca la frente a la puerta del hostel buscando cómo entrar. Oye los ronquidos del sereno acurrucado en el sofá frente al mostrador de recepción. Atraviesan sin tropiezos el centímetro y medio de vidrio de seguridad con las calcomanías de Visa y Master Card, y las tres estrellas del ranking de la Cámara Guajira de Turismo. El hombre que ronca está semi cubierto con una cobija de retazos, un centón gastado, que contaría historias hasta apagar las velas. Está descalzo y un pie le cuelga junto a una cartuchera de la que asoma la culata negra de un revólver con el cilindro abierto y sin balas. Las puertas están trabadas por dentro con un madero atravesado en los manillares. El hombre esconde la cara contra el respaldar del sofá y se acomoda bajo la cobija. No quiere oír los golpes en la puerta. Tose con fuerza, se sacude, traga y vuelve a roncar.

*Cruce de Caminos
Agua y Nafta
Ruta 40
Patagonia Argentina
G. Lofredo (2006)*



No hay luces encendidas en las calles ni en los edificios que rodean al hostel. El resplandor contra las nubes viene de reflectores lejanos, los cercanos al

cruce de frontera, los del otro lado. Tampoco se oye el rumor de los camiones que normalmente a esta hora están encendidos; los chóferes están tomando tinto con pan de yuca, midiendo presión de llantas, listos a rodar.

La ciudad está vacía y no parece la misma en que transitaban la víspera, antes de las vivencias de Ercilia y sus primos, de la trocha ciega de luna y del carbón descarrilado, de las tropas y los reporteros. No importa, papi, dice, seguime y te muestro como Dios ve salir el sol en Maicao. El Reta toma su bastón con firmeza y la sigue sin dudar, cual si empezara un juego de escondidas en esa interminable maldrugada, fuese la más natural travesura para el veterano y la doncella antes de irse a dormir o encontrar un desayuno. La sigue a un tranco desparejo, apoyándose una vez más en la pierna izquierda y la siguiente apostando casi todo al bastón milagroso. El dolor sigue allí, agazapado pero alerta. El Reta simula haber olvidado cómo usar la pierna derecha, más aún, hace como si ya no la tuviera. La lleva colgando medio encogida entre un salto corto y el siguiente, como un escolar llevaría su mochila a la carrera para alinearse con los compañeros cuando suena la campana matinal y cierran el portón.

Ercilia trepa el cerco alambrado del colegio y cae en cuclillas al otro lado. El Reta la sigue con torpeza pero también logra trepar, como si por momentos el bastón le quitara peso y le hiciera insensible al dolor. Caminan por el patio de recreo que es un rectángulo del tamaño de una plaza de pueblo chico. Está recubierto de cemento encauchado verde oliva y en él con prolijidad los límites y señales de las canchas de básquet y volley. El patio está rodeado por un pasillo cubierto que ampara la entrada a las aulas y sus ventanas amplias y abiertas. Adentro se intuye el escritorio del maestro y los pizarrones antiguos, de hojas deslizantes como guillotinas. Las tizas blancas ordenadas sobre el dintel estrecho y algunas palabras destacadas en la pizarra flotan en la oscuridad, una columna escrita en árabe



*Descanso de
Caravana
Lanzarote, Canarias
Gert Van Duinen
(2004)*



Hortalizas de Altura
Andes Centrales
Ecuador
G. Lofredo (2009)

y a su derecha otra en español: Alfiler, Rapsoda, Madraza, Alfombra, Minarete, Alpargata, Zoológico.

Bajan un tramo de escaleras y entran por un portal arqueado a un corredor de techo cóncavo y piso de baldosas de mármol, donde pequeños vitrales cubren las ventanas que parecen sin salida. Les rodea un silencio húmedo tocado sólo por sus propios pasos de adolescentes,

caminando casi en puntillas por el pasaje subterráneo del colegio a la mezquita. El túnel perfecto para las travesuras juveniles de cualquier credo. Pasos blandos punteados por el taconeo del bastón. Al ignorante infiel se le ocurre que por allí ingresarían al templo los creyentes más modestos, los pobres; mientras que los más acomodados podrían hacerlo por arriba, por la puerta grande. Las cosas que se le ocurren al Reta.

Llegan a una sala con paredes cubiertas de mármol hasta la altura de dos hombres. Allí cuelgan tapices con frases bordadas con hilo dorado sobre terciopelo. Cada cuadro está enmarcado y protegido con cristal. Intocable. Para Retaguardia son de una belleza visible y secreta. El techo de mosaicos le parece tan alto como la catedral en que estuvo, siglos antes, cuando con miles de otros comulgó por primera vez.

Llevaba un libro pequeño de tapas nacaradas y un rosario entre las manos con guantes blancos y cruzadas en gesto sumiso que, además, las mantenía ocupadas entre sí. Tenía el pelo brillante y endurecido con frascos de gomina. Cruzó una mirada con un amigo y les dio ganas de reír. Sin motivo alguno. Sólo ganas de reír. Si volvían a mirarse no aguantarían. El celador los sacaría colgando de las orejas. No habría primera comunión. Vergüenza. El año siguiente tendría que repetir el curso de catecismo. Se mordió el labio hasta hacerlo sangrar. Otro niño que iba más adelante en la fila, repentinamente empezó a vomitar de los nervios. Uno de los seminaristas que asistían se le acercó para sacarlo de la fila. Se resbalaba y se le contagiaba la náusea. De arcada en arcada desaparecieron por un costado. Aparicio y su amigo llegaron al frente, se arrodillaron,

entornaron los ojos, abrieron la boca, y sacaron la lengua. Labio mordido y con sangre, lengua roja y larga, mandíbula al quiebre. El sacerdote con la santa hostia entre el índice y el pulgar sobre el platillo dorado se asombró por la sangre. Parpadeó, miró por encima de los lentes para afinar el foco y optó por ignorar el asunto: ¿Transmutación? ¿Huellas del Maligno? Nada. Siempre pasa. Depositó la oblea sobre la lengua, hizo la señal de la cruz y pasó al siguiente comulgante, que era el amigo también mordido y sangrado. Bien que se mordieran hasta sangrarles los labios. Imperdonable dejar que la risa los entregara al Demonio, que está siempre atento a los descuidos jocosos de la juventud.

La mezquita. A uno y otro lado de la sala se abren espacios pulcros que al Reta le recuerdan fastuosos recintos para los baños y abluciones de los senadores romanos de las películas. Baños de aguas termales donde los poderosos envueltos en sábanas o desnudos se hacían dar masajes por jóvenes andróginos o mujeres que siempre se parecían a Elizabeth Taylor. Hombres maduros rien y beben de copas de plata y se chorrean con sustancias embriagantes. Igual a los baños de la mezquita, sólo que sin romanos, ni masajistas, ni vinos, ni vapores minerales, ni piscinas donde caen sangrantes los acuchillados por el afán de poder. Es decir, nada que ver.

Ercilia evita las bromas sin palabras. Resiste incluso el bosquejo de sonrisa que se le escapa al ver reflejada en el mármol la imagen salvaje de Aparicio: parece haber crecido. Está más alto, más delgado. Un par de ojos, los dientes y una lengua rojiza. El resto acartonado de oscuridad. A ella, el tizne alrededor de los ojos le resalta las picardías como lo haría el maquillaje en una mujer del Maghreb. Picardías. Ercilia no parece estar de vuelta de una caída desbarrancada con vuelo, seguida de revuelco apasionado sobre un centón de las mil y una noches en el arenal espinoso y afilado guajiro. Señala la entrada al baño de los hombres y se mete en la penumbra de las mujeres.

Aparicio admira la limpieza que el sitio le ofrece y le exige. Los mezquiteros sí saben hacer bien las cosas. Siempre que lo llevaban a misa hubiera querido lavarse y hacer las necesidades antes de entrar. Nada. Está asombrado del sitio y los valores. Especula pero acierta que son baños para que todos los creyentes deban y puedan acercarse a la Palabra con la boca, las manos, la cara y todo el cuerpo un poco menos impuro del



Mezquita Herida en
Guerra
AFP/Getty (2008)

que traían del trabajo, los viajes, el comercio y los combates; al desensillar el camello o bajarse de la Africana. La eterna polvareda de la vida. Todo en el espacio de la oración infunde recato, humildad y respeto. Influye sin duda que son ellos los dos únicos presentes.

El Reta duda unos instantes. Si se desnuda, ¿estaría cometiendo una ofensa de la que se avergonzaría más tarde? ¿Y si viene un sacerdote y los sorprende? Parece no haber nadie en los baños. Nadie en toda la mezquita. Nadie en la ciudad. Sólo el sereno del hostel roncando, descalzo y desarmado. Se quita los pantalones de cuero. Apestan a gasolina y sudor sucio, y están manchados de lodo, aceite y lo que podría ser parte sangre, y parte orina y heces. Fluidos interiores. Se acerca a la fuente por donde corre agua limpia. Se arrodilla ayudándose con el bastón y se apoya contra el borde de piedra tallada. Su pierna derecha está hinchada y lastimada. La ignora. Se enjuaga empezando por el rostro, la calva, la barba. Despeja los labios y prueba el agua. Sorbe y se enjuaga. Escupe con sangre como el día de la comunión afuera de la iglesia, entre los árboles. Esta vez el rojo es más oscuro. No recuerda haberse cortado los labios ni el interior de la boca. El agua le transmite una frescura vital, purificante. Aunque ya pasó una eternidad desde la cena, el Reta siente el estómago lleno. Tragar el agua fría le reconforta. Se enjuaga largamente la cara, el cuello y el pecho. Siente el agua atravesar la piel, los párpados y le impregna toda la pelambre que le cubre el torso como si fuera una criatura del bosque. Pelos gruesos que se habían vuelto canosos y que ahora no

sueltan el tinte oscuro que los hace ver más tupidos, más zoológicos.

Se entrega al ensueño del lavado de su cuerpo como no recuerda haberlo hecho jamás. Como si hubiese nacido y vivido en un zoológico y no conociera el salpicar del agua en las quebradas y el vuelo del salmón. ¿Qué hacía la palabra zoológico en el pizarrrón? A un lado, sobre el borde de piedra, hay un jabón con la forma irregular y transparente de un trozo de ámbar, generoso, juntándose al agua y abrazando lo que el hombre quiere alejar de su piel.

Recorre sus orejas por fuera y por dentro. Sopla el polvo y la flema de su nariz y su garganta. Enjabona suavemente sus genitales, las nalgas doloridas, el ano mismo. Le sorprende el contraste entre la hinchazón que siente y el adelgazado exterior de su vientre. En el colegio, el profesor de lenguaje solía tratar de quitar la modorra a sus estudiantes con un juego de palabras. Recitaba unas cuantas palabras no del todo arbitrarias y preguntaba cuál no encajaba. Las repetía sólo una vez. Alfiler: ropa, costura. Almíbar: dulce, miel, árabe. Alfombra: oración, mezquita. ¿Alpargatas? Chancleta, gaucho. Fábrica. Huelgas. Sobre una mesa pequeña junto a la pileta hay una toalla blanca y una prenda de lino prolijamente dobladas.

Luego las piernas. La izquierda está cansada pero tranquila. El agua fría calma. Quisiera tener alcanfor. Alcanfor, alcanfarilla, alambre. Mentol chino. Átala con alambre, átala. La derecha es un animal herido. Al banco de suplentes, lesionada. Una toalla con hielo picado y apretalo todo lo que aguante, te calmará la tensión y el dolor, y seguí mirando el partido. No hay hielo en la mezquita aunque sí tiene su minarete. Frotar la rodilla molesta y se limita a acariciarla con el aceite jabonoso.

Entabla una conversación con su rodilla. Se la imagina como en las tomografías. Sí te siento, mi amor, te siento. Fue un golpe feo y con tirabuzón ¿no es cierto? Sí. Te dieron por todos lados. Bueno. Tranquila. Ya veremos qué hacer. ¿Qué? ¿Que encima a mí se me ocurre echarme un polvo con palanca de fémur con nalga? Y bueno... No te enojés. Pensá de qué nalgas hablamos. Nalgas suma cum laude. No pasa todos los días.



UH-60 Black
Hawk sobrevuela
Mezquita en
Construcción.
Baghdad. Batallón
de Asalto N° 244
U.S. Army.
Lynette Hoke (2009)

El bastón. No me olvido del bastón. Lo limpia y lo enjuaga. Con la mayor delicadeza lo apoya de lado sobre el interior de la rodilla y lo hace rodar sugiriendo un masaje imaginario, apenas un roce. La menor presión le haría morderse el hipotálamo. Desde el muslo hasta los gemelos y vuelta por el frente y abajo, por afuera y medio pase por detrás. Un pase mágico. Una rapsodia de anestésicos.

Los pies piden que se los sumerja en agua con sal y se les brinde un gentil y sensual masaje. Una podo paja con unos aceites aromáticos que encuentra en un tazón esmaltado. El rapsoda recitaba poemas escritos por otros. Como el palabrero o el acordeonero llega en su burro a un caserío o a un pueblo chico y acompaña su recital de sucesos de la comarca con el acordeón que se encontró en la playa, enredado en algas y en peligro de sucumbir a la sal y la arena. ¡Francisco el Hombre! De pueblo en pueblo, contando ciertos e inventos, propios y ajenos. Chismes, rumores, casamientos, peleas y finados. Rapsodia. Rapto. Robo. Palabrero y cantador. Marcando el golpe con el bastón en la tabla o el tajo de granito. Levantando polvo. Robo de versos. Rejunte de crónicas del camino. Retazos cosidos con alfileres y hebras de alambre. Rejunte de canciones para cobijarse en las noches de invierno, noches de frío guajiro. La manta de retazos. El centón del sereno del hostel. Zoológico desordenado. Bestiario en carretas. Hojas de ruta.

A un costado, sobre la mesa del tamaño de una bandeja de té, hay una prenda de lino, una fina gorra y una toalla nudosa. Huele a incienso con esencia de jazmín. Se seca y estudia la prenda celeste pálido. Se la pone. Le cubre del cuello hasta los tobillos. Las mangas amplias pasan los codos. La siente rara. Le aprieta el pecho. Le cuelga torcida. Se calza la gorra sobre la calva, de medio lado, como si fuese birrete o boina; pero no lo es. Es una gorra bordada. Piensa que le gustaría conocer los nombres de cada objeto y la descripción de lo que hacen. Mete todo lo sucio y suyo en la mochila y busca la salida.

Sale al amplio espacio alfombrado, ve un púlpito pequeño y no muy alto y siente la presencia de Ercilia antes de verla llegar. Gira sobre sí y allí está. Ambos están irreconocibles ahora. Él con la calva cubierta con su gorra bordada y la barba limpia y blanca, como ella no la había notado antes. Siente su belleza sin verla. Las miradas han cambiado. Están allí. Van y vienen. Alaban, aprecian, buscan. Pero hay algo distinto. El Reta sigue incómodo en su vestimenta. ¡Te la has puesto al revés, cabezón! De atrás para adelante. Quitatela y pónatela como es debido. El Reta siente pudor. ¿Pudor? Ercilia lo mira con cierto profesionalismo. A fin de cuentas, es su tema el hiyab, el protocolo de la vestimenta. Mantiene una picardía maternal en su sonrisa.

El Reta de espaldas se quita la prenda. Se siente iluminado por segunda vez con una saludable erección. Las zonas activas del cerebro se reducen a las encargadas de propagar paquetitos de genes envueltos en celofán. Se desean. Ella tranquila. Él convencido de que están a punto de meterse en serios problemas. Debe abrazarla o morir en el intento.

Quieren y van a amarse otra vez y esta vez será en el templo, en la casa a la que Él les hizo ingresar en su total sabiduría y porque así debe haberlo deseado, de lo contrario no estarían piel con piel con todo el inmenso respeto que sienten por la hospitalidad que les rodea, pero piel con piel al fin y en la casa que Él les asignó esa madrugada en Maicao. La transgresión, el miedo a ser sorprendidos, la ofensa al Supremo Hacedor, hasta cuando es sólo imaginaria, es un potente estimulante del libido equino.

Salen de la sala de oraciones. Ercilia camina delante guiándole por pasajes y escaleras hasta una puerta pesada y verde, sin cerrojo, semiabierta. Llegan a una escalera de caracol por la que el Reta sube tanteando cada peldaño. Es un caracol estrecho dentro de un cilindro de ladrillos desnudos, todo muy sobrio, callado y prolijo. Después de varias vueltas llegan a otra puerta también pesada y entreabierta. Ercilia sale hacia la luz. Están en el minarete. Tomados de las manos, rodean la cúpula y recorren el horizonte de Maicao. Aclara ligeramente. El megáfono multidireccional atornillado a la cúpula debiera



Atributos de la
Deidad

99 Atributos de la Deidad

- | | | |
|---|--|--------------------------------------|
| 1. El Único | 34. El Magnífico | 67. El Fundador Sin Necesidades |
| 2. El Más Misericordioso | 35. El Perdonador que esconde las faltas | 68. El Satisfactor de toda Necesidad |
| 3. El Más Compasivo | 36. El Que Premia el Agradecimiento | 69. El Todo Poderoso |
| 4. El Supremo Soberano | 37. El Más Grande | 70. Dador de Poder sobre las Cosas |
| 5. El Más Santo | 38. El Verdadero Grandioso | 71. El Que Causa Avance |
| 6. La Fuente de Paz | 39. El Preservador | 72. El Que Causa Retraso |
| 7. El Dador de Fe, Protección y Seguridad | 40. El Mantenedor | 73. El Primero |
| 8. El Protector y Guardián | 41. El Considerado | 74. El Último |
| 9. El Incomparable y sin paralelo | 42. El Poderoso | 75. El Manifestado |
| 10. El Comandante | 43. El Generoso | 76. El Oculto |
| 11. El Supremo en Orgullo y Grandeza | 44. El Observador | 77. El Que Tiene Cargo sobre Todo |
| 12. El Creador | 45. El Respondedor | 78. El Más Altamente Exaltado |
| 13. El Administrador y Hacedor | 46. El todo Comprensivo | 79. El Benéfico |
| 14. El Forjador | 47. El Sabio | 80. El Que Acepta el Arrepentimiento |
| 15. El Muy Perdonador | 48. El Digno de Ser Amado | 81. El Vengador |
| 16. El Dominador | 49. El Majestuoso | 82. El Perdonador |
| 17. El Dador de Todo | 50. El Resurrector | 83. El Más Compasivo |
| 18. El Proveedor y Sustentador | 51. El Testigo | 84. El Poseedor de Todo |
| 19. El Sustentador | 52. El de la Última Verdad | 85. El Señor Majestuoso y Generoso |
| 20. El Omnisciente | 53. El Digno y Último de Confianza | 86. El Proveedor de Equidad |
| 21. El Despojador | 54. El Poseedor de toda Fuerza | 87. El Recogedor |
| 22. El Que Da Abundantemente | 55. El Firme | 88. El Independientemente Rico |
| 23. El Que Da Humildad | 56. El Gobernador | 89. El Enriquecedor |
| 24. El Exaltado | 57. El Que Vale la Pena | 90. El Que Impide el Daño |
| 25. El Dispensador de Honores | 58. El Calculador | 91. El Creador De lo que hace Daño |
| 26. El Que Humilla | 59. El Dador de Vida | 92. El Creador de lo Bueno |
| 27. El Que Escucha Todo, El Oyente | 60. El Originador | 93. La Luz |
| 28. El Veedor de todo | 61. El Restaurador | 94. El Creador De La Guía |
| 29. El Juez | 62. El Tomador de Vida | 95. El Originador de la Creación |
| 30. El Justo | 63. El Por Siempre Viviente | 96. El Siempre Eterno |
| 31. El Sutil | 64. El Existente por Sí Mismo | 97. El Último Heredador |
| 32. El Todo Pendiente | 65. El Que Es Único | 98. El Maestro Correcto |
| 33. El Paciente | 66. El Glorificado | 99. El Paciente |

La recitación de los 99 nombres, generalmente con ayuda de un tasbih o rosario islámico, constituye una especie de letanía. Para ello, se empieza diciendo la frase: Él es Dios; no hay más dios que Él.

La lista de los noventa y nueve nombres, caligráfica en árabe, constituye un frecuente objeto decorativo y testimonio de fe musulmana en hogares, comercios y otros locales.

Los Ulemas musulmanes piensan, generalmente, que Dios tiene más nombres, aunque no son conocidos. En particular, existe bastante literatura sobre un centésimo nombre, que ha sido objeto de especulaciones esotéricas y místicas: algunos piensan que este nombre número 100 sería el auténtico nombre de Dios, ya que todos los demás son adjetivos que lo describen.

La idea del centésimo nombre es especialmente importante en el sufismo, que lo considera un símbolo del ser trascendente de Dios. Los sufíes a menudo describen su práctica mística como una búsqueda de ese nombre oculto y así unir sus conciencias con la de la divinidad.

En algunas tradiciones folclóricas árabes se afirma que los camellos conocen el centésimo nombre, aunque, obviamente, no lo revelan. Esta sería la razón de su caminar pausado y orgulloso, con la cabeza alta, a través del inhóspito desierto.



Prima Interrupta

llamar a las oraciones matinales pero parece desactivado. La ciudad sigue en silencio. El suelo está cubierto por una capa gruesa y acolchonada de alquitrán pintado del mismo verde. Se abrazan apoyados contra la esfericidad de la cúpula. Rien sin dejarse oír.

Cuando hombre y mujer han perdido toda capacidad de cambiar el curso fatal de los acontecimientos de reincidencia reproductiva, un megáfono repentinamente comienza a chisporrotear. Se cierran circuitos y colmenas de electrones, despiertan, se organizan y sacuden membranas de obediencia. Es la vibración profunda del bajo tenor de América que recorre y rebota en todas las superficies del interior del templo y, saliendo de la corneta del minarete, confluye en los cuerpos y

almas del Reta Romeo y la Ercilia Julieta. La voz dice “prima”. Nada más, “prima”, en un tono que podría anunciar la cotización del crudo referencial West Texas Light al cierre de la jornada bursátil. Firme, ineludible, lapidario. Hecho consumado. Llegó el comandante y ordenó calmar.



Avioneta Marimbera
Aeropuerto Riohacha
G. Lofredo (2009)